

UNA MIRADA ANTROPOLÓGICA A LA RELACIÓN CULTURA, RELIGIÓN Y TURISMO

Lic. Yacelin Vazquez Falcón¹, Lic. Lourmary Rodríguez Santamaria²

*1. Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Vía Blanca
Km.3, Matanzas, Cuba*

*2. Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Vía Blanca
Km.3, Matanzas, Cuba*

Resumen

El presente trabajo pretende proporcionar elementos de debate en torno a la triada CULTURA-RELIGION-TURISMO, teniendo como guía las siguientes interrogantes: ¿Constituye la religiosidad cubana un incentivo dentro del turismo en Cuba?, ¿Qué aspectos serían de mayor interés para el turista?, ¿Hay interés en Cuba por desarrollar un turismo religioso?, ¿Existen elementos de la cultura religiosa convenientes de ser puestos en valor turístico desde nuestras instalaciones o territorios? Viendo al turismo y a la religión como fenómenos sociales se pueden asociar a ellos elementos positivos, que van desde la importancia de reconocer y promover los valores culturales cubanos, hasta los beneficios económicos; y aspectos negativos que ponen en peligro la imagen de las religiones y su sentido, o agotan y distorsionan esos elementos religiosos. Para que este proceso sea sustentable es esencial el control sobre los elementos religiosos puestos en valor turístico y las personas que llevarían a cabo dicha actividad.

Palabras claves: Cultura; Religión; Turismo.

Introducción

Con toda certeza se conoce que la industria turística representa para muchos países el tren de arrastre de sus economías y la de mayor dinamismo y crecimiento en el desarrollo económico. Un hecho que toca bien hondo a las islas del Caribe donde el *turismo* representa el 30, el 40 o un porcentaje mayor de su producto interno bruto.

De forma general, se puede afirmar que el conjunto geográfico del Caribe cuenta con grandes recursos culturales, naturales, históricos y tradicionales que, unidos a la diversidad lingüística y a las magníficas playas, favorecen el auge de este renglón por estar entre los principales atractivos que buscan los turistas.

De hecho, quizás en el mundo no exista otra región con tan disímiles vínculos coloniales en su historia: aquí convergieron desde españoles, franceses, ingleses, holandeses hasta diversas etnias africanas. Esa profusa combinación de rasgos ha colocado a las islas caribeñas entre los destinos más visitados después de Europa. Dentro de ellas, Cuba es una de las que puntea en las preferencias.

Nuestro país fue una de las primeras colonias a las que llegaron esclavos africanos, motivado por la temprana extinción de la población indígena a manos de los colonizadores españoles y la creciente necesidad de explotar las nuevas tierras conquistadas.

Esta masa de esclavos estaba integrada por múltiples grupos étnicos que se identificaron con las denominaciones (arará, congo, gangá, lucumí, macuá, mandinga) así como con otras comunidades étnicas. Debido a ello, una de las expresiones más ricas e interesantes de su *cultura*, empieza a formar parte de la nuestra. Estos esclavos dieron continuidad a

las *prácticas religiosas* originarias de África: bailes, música, lenguaje y otras expresiones culturales, supeditadas a cambios y sincretismos.

El presente trabajo, desde una mirada antropológica, pretende proporcionar elementos de debate en torno a la triada CULTURA-RELIGION-TURISMO, teniendo como guía en la reflexión las siguientes interrogantes:

- ✓ ¿Constituye la religiosidad cubana un incentivo dentro del turismo en Cuba?
- ✓ ¿Qué aspectos serían de mayor interés para el turista?
- ✓ ¿Hay interés en Cuba por desarrollar un turismo religioso?
- ✓ ¿Existen elementos de la cultura religiosa convenientes de ser puestos en valor turístico desde nuestras instalaciones o territorios?

Desarrollo

En una muy modesta aproximación al concepto de cultura, hay que referirse a las diferentes perspectivas con que esta se ha analizado a lo largo de la historia y, en resumen, a la dificultad de disponer de una sola definición clara y determinante, que permita acotar el marco de relación entre cultura y turismo.

En el sentido lato del término, cultura significa: “*cultivo*”. En la cuarta acepción implica “*el resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre*” (Diccionario de la Real Academia de la Lengua). En este sentido, cultura coincide con la educación intelectual y moral; es decir, el hombre culto es el que participa de los más altos valores conservados por esta tradición de la sociedad.

El concepto de cultura ha oscilado como en un péndulo, entre dos concepciones diametralmente opuestas. Por un lado, la formación de la personalidad, lo que los griegos llamaron *Paideia* y los latinos *Cultus Anima* (cultivar el alma); y por otro, lo que el hombre realiza para dominar la naturaleza, modificar el ambiente natural y adaptarlo a sus necesidades, fines, intereses y valores.

Según Edward B. Tylor (*Primitive Culture*. 1871): Cultura es “*aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad.*”

La cultura se ha definido como la capacidad particularmente humana de adaptabilidad social e interacción con el ecosistema. Ella incluye el conjunto de tradiciones, valores, tecnologías y acciones de la vida cotidiana que se transmiten mediante el aprendizaje y el lenguaje (Centro de Superación para la Cultura, 2007).

Desde el punto de vista general, es la capacidad compartida por todos los homínidos, que trasciende sus condiciones genéticas y corporales. En lo específico, cada grupo humano desarrolla un conjunto de rasgos culturales que son transmitidos de generación en generación y aceptados como paradigmas identitarios (endoculturación).

El Diccionario de la Lengua Española la registra como: *“Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social”*.

La cultura es *“un sistema históricamente derivado de explícitos e implícitos proyectos de vida que tienden a ser participados por todos los miembros de un grupo o de los especialmente designados”* (de Kluckhohn y Kelly, en R. Linton: *The Science of Man in the World Crisis*, 1945).

“La Cultura puede entenderse como el conjunto de hábitos, formas, saberes y manifestaciones que los pueblos han ido configurando como resultado de su lucha por la supervivencia y su posicionamiento por las cosas importantes de la vida...” (1995).

“La cultura es la suma de las contribuciones, de los conocimientos, de los modos de acción, que permiten al ser pautar su comportamiento propio, sus relaciones con los otros seres y sus relaciones con la naturaleza, por ella se expresa la sociedad que la ha creado y la desarrolla; sitúa el nivel de conciencia general, de capacidad técnica y tecnológica, los modos de organización, los principios de acción y las finalidades a las que la sociedad obedece en su combate por un porvenir siempre nuevo, siempre superior” (1970).

En 1982, la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (MUNDIACULT) adoptó como definición: *“La cultura puede considerarse como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias”*.

Cultura es *“el conjunto de valores materiales y espirituales creados y que se crean por la humanidad en el proceso de la práctica sociohistórica y que caracterizan la etapa históricamente alcanzada en el desarrollo de la sociedad”* (1984)

Cultura es *“el tejido de relaciones sociales vivas y, al mismo tiempo, el producto de estas relaciones. Considera desde las formas más desinstitucionalizadas, que nacen en la calle y los espacios públicos, como las múltiples prácticas culturales de la ciudadanía o las propuestas de los diversos agentes y organizaciones culturales. El rasgo que caracteriza al conjunto es su diversidad que, a su vez, está en constante transformación”* (Plan estratégico del sector cultural de Barcelona. Edición 99).

Según Javier Pérez de Cuéllar: *“Es importante recordar cómo la cultura moldea nuestro pensamiento, nuestra imaginación y nuestra conducta, pero también cómo constituye una fuente de cambio, de creatividad, y de libertad, a través de la que se manifiestan numerosas posibilidades de innovación”*.

Para Gaspar Jorge García Galló (intelectual cubano): *“... de todos los temas que existen o puedan existir, no hay otro de mayor anchura y profundidad -decir cultura es decir hombre – humanidad, (creación humana). La cultura abarca todo lo que cabe en los sentidos, en la conciencia o alma de los hombres y, esto es muy importante, en la actividad cotidiana concreta, del producto más alto y complejo del mundo: el homo sapiens”*.

Graziela Pogolotti la define como memoria, *“la huella del hombre sobre la tierra (memoria, pero autorrenovación constante de los códigos para una construcción del futuro que se volverá memoria mañana)”*.

Gabriel García Márquez la asume como *“la casa de todos”*(es lo que une y diferencia los grupos humanos, pluralidad, diversidad, universalidad).

Carlos Rafael Rodríguez, en sus palabras en el IV Congreso de la UNEAC (enero 98) señaló que *“cultura es todo lo que no es naturaleza”* (citado por: Centro de Superación para la Cultura, 2007).

El mayor valor de todos estos conceptos es que no circunscribe a la cultura a los elementos artísticos y literarios, sino que amplía su concepción. Cultura es el conjunto de realizaciones humanas que ha trascendido a nuestros tiempos y permite al hombre contemporáneo conservar, reproducir y crear nuevos valores para la transformación de su medio social y natural. O más aún, es el rasgo singular de lo humano. Es toda realización pretérita y presente, tangible y espiritual creada por la humanidad.

Un análisis particular sobre la cultura como proceso social, nos lo ofrece Argeliers León: *“Desde que apareció la sociedad dividida en clases sociales, la cultura se convirtió en un bien patrimonial, es decir, acumulable y, a partir de ese momento, se sometió al tratamiento de mercancía y se desarrolló, dentro de lo peculiar de la mercancía, a tenor con los valores de uso y de cambio, que resultaron de su empleo por la clase dominante”*.

La sociedad clasista produce, inevitablemente, grandes masas humanas que van quedando marginadas de aquella cultura que se procuran las clases dominantes; y no sólo dentro de los centros urbanos: ella produce también la gran marginación del campesino, del hombre de las pequeñas poblaciones rurales, asentados en estos medios quizás desde muy antiguas migraciones, o en migraciones diversas que se superponen en un área determinada, según etapas recorridas en su desarrollo económico.

La cultura resulta inseparable de los primeros intentos del hombre por liberarse de la dependencia que significan las posibilidades limitadas y adversas que le plantea la naturaleza. En aquel instante el hombre empezó a producir sus medios de existencia.

El trabajo social, y, desde este momento, las formas del pensamiento, entraron en interrelación con el trabajo socialmente concebido. De aquí que el trabajo sea, desde tal instante, la razón histórica fundamental de la cultura. La cultura es, pues el conjunto de bienes creados por la humanidad en el curso de su existencia, que no es otra cosa que la historia de su práctica del trabajo. En ese amplio sentido, la cultura es un fenómeno social que representa el nivel alcanzado por la sociedad en un determinado momento.

La totalidad histórica de los bienes materiales y espirituales de un pueblo determinado, producidos por él mismo o compartidos en el intercambio de experiencias con otros pueblos, representa su cultura. La cultura se desarrolla y, en el curso de este proceso, va individualizándose, va encontrando en un seno sus propias contradicciones, y entrando en nuevas y más complejas relaciones con las formas de trabajo y las necesidades vitales del hombre, las que, a su vez, en su misma vinculación con las formas de trabajo, se desarrollan en el curso de la historia.

Una acertada y actual visión de las definiciones de cultura nos aproxima, en un primer nivel, a los conceptos coloniales, en los que la cultura se entiende como un conjunto de objetos singulares (obras de arte) que adquieren valor por su carácter simbólico. Desde una perspectiva turística se podría afirmar que la mayoría de las relaciones turismo/cultura actuales se producen en el marco de esta perspectiva de la cultura (Moragues, 2006).

Otro conjunto de definiciones se engloba en una versión revolucionaria de la cultura, entendida como expresión de las relaciones entre grupos humanos, en la que lo fundamental no es el proceso de creación de objetos y símbolos sino su apropiación y los conflictos entre clases que esto puede generar.

La cultura, en su acepción más amplia, es el modo de vida de un pueblo en particular, que esta crea como parte integral del esfuerzo por cubrir sus necesidades de subsistencia y de adaptación a su medio ambiente, tanto al natural como al social. La conciencia social colectiva la conforman la cultura material y la espiritual y, como parte de esta última, la ideología y la psicología social, es decir, la ciencia y la técnica, las instituciones sociales, el arte y, por supuesto, también sus concepciones del mundo, su religión, sus creencias y ritos. Es la base material y espiritual de su progreso, de acuerdo con el desarrollo de las fuerzas productivas y el nivel alcanzado por las relaciones de producción, que se determinan por las primeras. La cultura es la que brinda las características concretas a una sociedad y a un etnos dentro de un espacio geográfico y tiempo histórico determinado (González y Mas, s.a).

Dentro de la fenomenología cultural de todo grupo humano, ha florecido la fe en la existencia objetiva de lo sobrenatural. La religión, al decir de Engels, no es otra cosa que

el reflejo fantástico que proyectan en la cabeza de los hombres aquellas fuerzas extrañas que gobiernan sobre su vida diaria, un reflejo en que las fuerzas terrenales revisten la forma de poderes sobrenaturales. Ella se manifiesta en forma de expresiones religiosas específicas en las que adquiere un variado nivel de estructuración y de sistematización.

Las expresiones religiosas se diferencian entre sí por el contenido de las ideas religiosas y la forma de exteriorizarse, además por el modo de realizar sus rituales, sus elementos organizativos y el modo de interactuar con otros factores sociales. Ejemplo de estas expresiones son: el catolicismo, el protestantismo, las religiones de origen africano, entre otras. Precisamente, estas últimas son las que más interesan en esta reflexión.

Como sabemos los esclavos africanos que fueron introducidos en nuestro país, dejaron una huella cultural. Las prácticas mágico-religiosas de estos esclavos, luego de un largo y complejo proceso de transculturación y de sincretismo con el catolicismo español, dieron lugar a las religiones de origen africano en Cuba, ellas son:

- Regla de Ocha o Santería Cubana: En ella observamos tres componentes fundamentales: La adivinación, que es la manera principal que tienen estos creyentes de comunicarse con sus deidades; el Culto a los dioses nigero-yorubas conocidos por Orishas, quienes resultan ser los intermediarios entre Dios Creador (Oloddumare) y los hombres; y el Culto a los antepasados.
- Regla Palo Monte: El sistema de creencias en "el Palo congo" reside en dos pilares: la creencia en los poderes naturales y la veneración de los espíritus de sus ancestros. Los objetos naturales y especialmente los palos, son considerados con poderes infundidos por espíritus. Estos objetos son conocidos como "nganga" (altar o receptáculo) y son el objeto central de ritos mágicos del Palo y su práctica religiosa.
- Arará: El nombre de Arará fue dado en Cuba a los esclavos pertenecientes a las etnias ewe, adjá, y fong, capturados en el territorio del antiguo reino de Dahomey, hoy República de Benin. La finalidad de los religiosos es el tránsito feliz de la vida a la muerte. Sus motivaciones principales son: problemas de salud, prestigio y desenvolvimiento social, tradición familiar y el miedo a la muerte. Rinden culto a los foldunes o dioses dahomeyanos, realizan ritos fúnebres y utilizan la adivinación mediante un sistema cabalístico consistente en una caja de cuatro compartimentos y cuentas de colores. Sin embargo, en la actualidad los sistemas obbi (cocos) y diloggún (caracoles) propios de la Regla de Ocha o Santería son los más usados. Otras maneras son los posesos, las oraciones y los saludos rituales.
- Gangá: Tienen la particularidad de ser el grupo Gangá Longobá del poblado de Perico, en Matanzas, el único de su tipo en Cuba y según afirman algunos investigadores que han estudiado el tema, posiblemente el último reducto de esta

cultura en el continente americano. Estos Gangá Longobá creen en la existencia de un dios único, supremo y creador al que llaman al igual que los santeros Oloddumare. También han asimilado el dogma cristiano de la Santísima Trinidad, nombrando como en la santería, Olofi a Jesucristo y Olorum al Espíritu Santo. La comunicación entre creyentes y divinidades se obtiene mediante el Obbi y el Diloggún. En su análisis sistemático se halla que la finalidad principal es el “tránsito feliz de la vida a la muerte”.

- Sociedad Secreta Abakuá: Surgieron como sociedades de ayuda mutua y socorro integradas por hombres solos. Ellos tienen un especial respeto en el Culto a sus ancestros o antepasados representados en los Iremes o diablitos los que van a cumplir funciones muy importantes y específicas en cada ceremonia abakuá (Ramírez, s.a).

Ahora bien, ¿qué relación tiene la religión con el turismo? Antes de darle respuesta a esta interrogante, vamos a tratar el término turismo.

Respecto al turismo, hay un gran debate de definiciones, producto del descubrimiento evolutivo de las interacciones de esta actividad o sector con todo su entorno social, cultural y económico. Hay quienes afirman que, en realidad, el turismo no es un *sector* como tal, sino que es una actividad que afecta a muchos *sectores*.

Naturalmente, todas las definiciones de turismo, incluso las más antiguas, nos pueden proporcionar pistas sobre aspectos relevantes de su relación con la cultura. En realidad, parece indisociable el turismo de la cultura y, en todo caso, no se entendería la misma génesis del turismo sin implicaciones culturales significativas.

Según H. Von Schullard (1910) el turismo se define como: “*La suma total de operadores principalmente de cariz económico directamente relacionados con la llegada, la estancia y el movimiento de forasteros en un determinado país, ciudad o región*”.

Por su parte, La Liga de las Naciones (1937) define al turista como “*cualquier persona que viaja por placer y abandona su lugar de residencia habitual por menos de un año y por más de 24 h. Los viajes de menos de 24 horas se definen como excursiones*”.

Desde el punto de vista de Hunziker y Krapf (1942) el turismo es: “*la totalidad de las relaciones y fenómenos generados por el viaje y la estancia de forasteros, siempre y cuando la estancia no implique el establecimiento de una residencia permanente y no esté relacionada con actividades remuneradas*”.

Un poco más adelante en el tiempo, este fue definido como “*el desplazamiento corto y temporal de personas hacia destinos distintos a sus lugares de residencia o trabajo habitual, así como las actividades que realizan durante su estancia en el destino. Se incluyen los desplazamientos por cualquier motivación*” (Tourism Society of England, 1976).

Si se acepta como turismo: “*el conjunto de actividades que realizan las personas durante sus viajes a lugares distintos de su contexto habitual, por un período inferior a un año, con propósitos de ocio, negocios y otros motivos*” (Organización Mundial del Turismo, 1994), se puede percibir su inmensa amplitud así como las enormes potencialidades que implica. Al mismo tiempo, parece obvio que la cultura, en sentido amplio, es un pilar trascendental de la actividad turística, sobre todo si vamos más allá de la concepción turismo/ocio/banalización y nos acercamos más al origen del turismo, la curiosidad, la necesidad de descubrir y saber (Fariñas, 2004).

Hasta aquí se puede afirmar que el turismo es una actividad esencialmente cultural y también es una acción social. Mediante el ejercicio del turismo se produce interacción social y, por ende, cultural. De hecho, toda acción de turismo significa el conocimiento de otros pueblos, comunidades, naciones o culturas.

Turismo es algo que, de una u otra manera, siempre se hizo. La curiosidad, la necesidad de descubrir nuevos espacios, de interaccionar con otras personas, forma parte de nuestra misma condición. Evolucionamos y, por tanto, nuestras motivaciones y nuestros comportamientos van variando hasta convertir el turismo en uno de nuestros consumos cotidianos. Aún así, subyacen en nuestro inconsciente razones muy primitivas que nos impulsan a descubrir qué hay en otras sociedades y a contrastar nuestro modo de vida con el de otros territorios, con evoluciones culturales muy distintas.

Las razones de viaje pueden ser múltiples: culturales, educativas, profesionales, económicas, éticas, deportivas, físicas, técnicas, socio-psicológicas, religiosas. En dependencia de los tipos de viaje, están los tipos de turismo:

- Turismo de esparcimiento
- Turismo de negocio o convención
- Turismo sano, del deporte
- Turismo científico
- *Turismo cultural*

Este último es un proceso social que tiene como elemento distintivo la referencia al conjunto de procesos simbólicos que denominamos “cultura”, así como a sus productos. El concepto de “lo cultural” está fuertemente vinculado a una idea de “patrimonio” entendido este, preliminarmente, como el uso o posesión de los bienes producidos como consecuencia de estos procesos “culturales”.

La posición de una “cultura” respecto de su abordaje turístico ha de ser leída desde una visión crítica y problemática, que implica comprensión y diálogo en contextos muy amplios - desde lo transnacional hasta lo particular -, que implica procesos socio-

económicos e históricos y donde resulta de primordial importancia aquello que los sujetos, inmersos en dicho proceso, entienden sobre lo que sea el turismo cultural.

Esta importancia no sólo surge de un contexto que podríamos llamar “ético” - el cual parte de cierta idea de “respeto” por la diversidad de formas culturales de la humanidad - sino también de una perspectiva pragmática, puesto que es suficientemente sabido que cualquier intento de transformación o gestión será inútil salvo que los protagonistas del mismo estén profundamente implicados en él.

De este modo, la conjunción entre lo “turístico” y lo “cultural” implica crear espacios de interacción donde los turistas y las comunidades puedan dialogar respecto del universo de significaciones y concepciones del mundo de la cultura a la cual se acercan, y de las perspectivas que sus mutuas diferencias hacen posibles (González y Mas, s.a).

Turismo cultural es visitar otra comunidad en cuanto “portadora de cultura”, esto es, de otro sistema cognitivo-valorativo que implica modos humanos de actuar distintos de los del turista, y donde los sistemas simbólicos son también parte de la experiencia que hace del turismo una experiencia estética.

Es por eso que acercar la “cultura” al “turismo” implica darla a conocer como emergente de procesos históricos que se expresan en instituciones y prácticas sociales siempre cambiantes y contingentes, intentando trascender la visión que postula la “cultura” como un “producto acabado definido desde una concepción inmóvil” (Bouchert, s.a).

En ese sentido el turismo también forma parte de los procesos que contribuyen a la construcción, reconstrucción y modificación continua de esa red de significaciones que solemos denominar “cultura”. Aún más: el turismo cultural, en cuanto proceso histórico y social constituye relaciones de poder que se hacen visibles en los discursos y prácticas de los interactuantes influyendo en sus formas de acercarse al otro cultural.

El turismo cultural es muy abarcador, incluye el patrimonio antropológico, arqueológico, artístico y monumental, los centros urbanos y las ciudades históricas, las instituciones y las manifestaciones culturales, los parques recreativos con temáticas culturales; el patrimonio vinculado al agua, los edificios y sitios relacionados con la industria y la minería, las casas de hombres célebres, los espacios protegidos y las curiosidades naturales, los acontecimientos culturales programados, los alojamientos con encantos, lugares místicos, los lugares relacionados con el *turismo religioso*, etc. (Moragues, 2006).

¿Qué se entiende por turismo religioso? Es la oferta de viajes dirigida, en especial, a turistas animados por un espíritu de veneración propio del sentir religioso, cuyos destinos son, principalmente, los lugares de culto o de arte sacro (Horacio A. Burgridge).

Es el tipo de turismo en el cual sus participantes están motivados, ya sea parcialmente o exclusivamente, por razones religiosas (Rinschede, 1992; Bywater, 1994).

Se ha definido también como los viajes para participar en peregrinaciones, romerías, procesiones; además como viajes para iniciaciones, disfrutar del arte sacro, la arquitectura religiosa y para obtener o ampliar los conocimientos al respecto.

Debemos analizar entonces cómo se desarrolla el fenómeno religioso en nuestro país, para entender en nuestro contexto los efectos positivos y negativos del turismo religioso en Cuba.

Las transformaciones económicas debidas a la introducción de una economía de mercado o de elementos de ella, que se viven en nuestro país con un régimen político socialista, tienen un impacto importante sobre las estructuras sociales, a la vez que acarrear elementos culturales y problemas éticos inéditos.

En el nuevo contexto, las religiones cumplen un papel ambivalente. Por una parte, pueden contribuir a reconstruir la ética necesaria, o solamente añadir un elemento de protección para resolver los problemas que aparecen en una sociedad competitiva. Por otra parte, las iglesias pueden desempeñar un papel de acompañamiento de la situación que emerge, o bien caer en la tentación de reconstruir un nuevo poder social y político, por la vía de una hegemonía moral.

Sin embargo, la especificidad de la sociedad cubana, su historia multiétnica, sus guerras revolucionarias del siglo XIX y la Revolución con cincuenta años de triunfo, han originado formas particulares del despertar religioso. Los cultos afrocubanos salieron de la clandestinidad y se realizan públicamente en muchos ámbitos, sobre todo populares. El culto a los santos tradicionales de la sociedad cubana ha retomado un vigor nuevo, a menudo mezclado con prácticas autoproducidas por el pueblo. Ciertas devociones son de carácter realmente muy popular, mientras otras corresponden más a las aspiraciones o expresiones de una capa social media, fruto de la transformación social de la Revolución.

Entre los hechos religiosos nuevos podemos citar la renovación de la santería.

Si las religiones nunca desaparecieron en Cuba durante el período revolucionario, a pesar de relaciones a veces difíciles entre las instituciones políticas y religiosas, lo que ha acontecido y acontece en los últimos años aparece como específico y ligado con las transformaciones de la sociedad cubana misma.

El proyecto revolucionario cubano ha tratado de edificar un sistema económico homogéneo, donde el campo político orienta la economía en función de una mejor distribución de los bienes materiales y culturales entre toda la población.

El socialismo, que trataba de asegurar una igualdad de base mediante medidas sociales y el control de la economía, garantizaba una seguridad bastante universal, aunque también bastante uniformizante. Con la introducción del mercado el poder político pierde una parte de su capacidad organizativa de la economía y se ve obligado, con razón o no, a liberalizar algunos sectores de la actividad económica. Enseguida eso suscita la

construcción de nuevas relaciones sociales, controlables hasta un cierto punto, necesarias para resolver problemas económicos inmediatos, así como para evitar el desmantelamiento brutal de una organización social que en verdad, en varios aspectos, había sido demasiado rígida. En este proceso, el campo político (el Partido y el Estado) pierde una parte de su capacidad movilizadora, en función del proyecto de otra sociedad, y también, por lo menos en algunos casos, su peso moral por la corrupción que se introduce en ciertos ámbitos.

Se establecen zonas de inseguridad económica y de búsqueda de otro equilibrio. Se sabe que cuando los individuos o las sociedades no pueden resolver problemas al nivel material tratan de hallar una respuesta en el campo simbólico.

Es una constante cultural, la cual asume formas muy diversas de acuerdo con los tiempos y lugares. Es aquí precisamente donde la religión cumple un papel, como parte de este universo simbólico que hace referencia a un ente sobrenatural.

De hecho, las nuevas aspiraciones al consumo son muy difíciles de satisfacer en la sociedad cubana. Por otra parte, las diferencias se acentúan y ciertos individuos tienen más suerte para cumplir sus aspiraciones que otros. Se desarrolla un fuerte individualismo, ambivalente desde un punto de vista ético, puesto que, por un lado, favorece iniciativas importantes para la supervivencia de la población y la posibilidad de encontrar nuevas soluciones económicas, pero por otro lado, provoca una lucha cotidiana de tipo individual o familiar que concentra la mayor parte de las aspiraciones en el bienestar personal y las actividades que pueden concurrir a ello.

(...) Con la introducción del mercado, aparecen nuevas contradicciones. Estas pueden añadirse a las contradicciones precedentes, o eventualmente reemplazarlas. La necesidad de resolverlas siempre existió. En el caso actual, las nuevas formas son de tipo más individual. Es aquí que emerge el papel de las religiones.

Con la Revolución, los elementos populares recibieron un reconocimiento social, aún cuando su situación material no cambió de la noche a la mañana.

Con la apertura de la sociedad a elementos del mercado, considerada como una apertura a la libertad por cuanto en la representación general del mundo occidental, el mercado y la libertad, al igual que la democracia y los derechos humanos, aparecen unidos, las instituciones religiosas han visto la posibilidad de desarrollar nuevas funciones o funciones renovadas (Houtart, 2007).

Teniendo en cuenta la reflexión anterior y para dar respuesta a las interrogantes planteadas, decidimos realizar algunas entrevistas. Estas se aplicaron a diferentes personas que se relacionan con el turismo o la religión: licenciados en turismo, animadores de instalaciones hoteleras (Varadero), creyentes (pertenecientes a religiones cristianas y afrocubanas) y arrendatarios de viviendas (a extranjeros), de la ciudad de Matanzas.

Las entrevistas arrojaron las siguientes opiniones:

- Todos coinciden en la importancia de promover los valores culturales y religiosos de nuestro país como una forma más de protegerlos y hacerlos duraderos.
- Todos plantean que la religiosidad cubana sí constituye un incentivo dentro del turismo en Cuba, puesto que es innegable la riqueza de las diferentes prácticas religiosas.
- Existen varios factores que motivan a los extranjeros a acercarse a la actividad religiosa en Cuba, el más importante es la curiosidad y la necesidad de conocer la sociedad cubana de estos tiempos, además de establecer lazos más estrechos con los cubanos.
- Las instalaciones hoteleras recrean solamente algunos rasgos de la cultura africana, lo que hace que el visitante cree una expectativa muy superficial del legado de estas culturas en nosotros, por esto se lanzan a la búsqueda de algo más "real".
- Los aspectos de interés para el turista que visita a Cuba son los relacionados con la música, la danza y el sistema adivinatorio de las religiones de origen africano, aunque es más común hoy en día ver a extranjeros hacerse trabajos de limpieza y hasta iniciaciones, rodamientos de cabeza, entre otros.
- Existen diferentes vías de contacto de extranjeros con la actividad religiosa, pero la más vista es a través de las relaciones personales que establecen con cubanos (especialmente los que profesan estas religiones).
- El interés por religiones cristianas también existe, pero en ese sentido existen canales institucionales establecidos que facilitan el contacto y la relación entre creyentes.
- Creo que en Cuba existe un interés por desarrollar un turismo religioso, es necesario no alejar este elemento, tan importante en nuestra cultura, del conocimiento de quienes nos visitan. No obstante, no se deben ver a las religiones como un simple producto a vender, son más bien un pedazo importante de nuestra cultura, de lo que nos identifica y es por tanto necesario tener cierto control sobre lo que se promueve.
- En la provincia de Matanzas existe un número importantísimo de iglesias, casas templos y denominaciones diferentes, ricas todas en cultura religiosa, por lo que es de suma importancia considerarlas como valor turístico. Ejemplo de esto es el grupo Gangá Longobá del poblado de Perico, el único de su tipo en Cuba. Algo se ha hecho con el establecimiento de la Ruta del Esclavo, pero no es suficiente.

- Creo que la relación turismo-religión no es dañina, lo que daña la relación es la existencia de personas inescrupulosas y faltas de ética (que de paso no son lo que dicen ser) que promueven valores falsos y se valen de las religiones como medio de subsistencia, estafando a cuanta persona se le pone por delante.
- Es importante señalar que debe existir un control de los valores religiosos que serán puestos a disposición del turista, pues de existir alguien que se aproveche de la situación, ese extranjero puede llevarse una imagen de las religiones cubanas que no sea el correcto.
- La relación turismo-religión es un binomio que de tener una mayor promoción en Cuba, beneficiaría a muchas personas, además de dar a conocer elementos muy preciados de nuestra cultura, elementos que nos identifican, que nos hacen únicos.
- Esta relación no es tan nueva como parece, lo que debe hacerse es establecer los canales institucionales debidos para dar un mayor auge a las prácticas religiosas cubanas y mostrar a Cuba, también, como un destino de turismo religioso (cosa esta que es muy atractiva para los turistas). Está de más decir los beneficios económicos que puede brindar esto si se hace de forma correcta y sustentable.
- Para que esta relación sea sustentable es esencial el control sobre los elementos religiosos puestos en valor turístico y las personas que llevarían a cabo dicha actividad.

Conclusiones

Nuestra religión ha sido resultado de los aportes de diversas culturas que se fundieron, en el proceso de transculturación cubana, en pos de la construcción de nuestra cubanidad, esa peculiar calidad de una cultura, la de Cuba; esa condición del alma; complejo de sentimientos y actitudes que nos identifican.

Analizando los planteamiento recogidos de las entrevistas realizadas podemos concluir que la relación turismo-cultura-religión es un tema que debe ser analizado a profundidad, sobre todo cuando se intenta poner como valor turístico a las diferentes prácticas religiosas cubanas.

Viendo al turismo y a la religión como fenómenos sociales se pueden asociar a ellos elementos positivos, que van desde la importancia de reconocer y promover los valores culturales cubanos, hasta los beneficios económicos; y aspectos negativos que pongan en peligro la imagen de las religiones y el sentido de las mismas, o agoten y distorsionen esos elementos religiosos.

El turismo en Cuba estuvo caracterizado en un principio por ser de sol y playa, ya esto no es sólo así, ha crecido el interés de los visitantes por la cultura y la sociedad cubana en general. Mucho nos falta por hacer, pero la voluntad política y el deseo de promover

estos valores culturales y religiosos, nos hacen caminar con paso firme hacia un turismo religioso cubano.

Bibliografía

Bouchert, Anne (s.a). Las perspectivas del turismo cultural respecto a los Objetivos del Milenio para el desarrollo (OMD). Disponible en:
<http://www.oei.es/pensariberoamerica/colaboraciones15.htm>

Centro de Superación para la Cultura (2007). Políticas Culturales en Cuba. Matanzas.

Fariñas, Gilda. (2004). Turismo y Desarrollo. Acertijos del gran Caribe. En: Revista Bohemia. Año 96. No.24. p 14-16.

González, Nera; Mas, Josefina (s.a). El nuevo concepto de cultura: La nueva visión del mundo desde la perspectiva del otro. Disponible en:
<http://www.oei.es/pensariberoamerica/colaboraciones11.htm>

Houtart, Francois (2007). Mercado y Religión. Editorial Ciencias Sociales. Ciudad de La Habana. p. 90-99

Moragues, Damián (2006) El diálogo turismo y cultura. Pensar Iberoamérica Revista de Cultura. Disponible en: <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric08a02.htm>

----- (2006) Turismo, Cultura y Desarrollo. Disponible en:
<http://www.oei.es/cultura/turismodmoragues.htm>

Ramírez, Jorge (s.a) Algo más de 50 años de vida religiosa cubana (1945-1998). Disponible en: <http://www.clacso.org>

Turismo Cultural definiciones desde nuestra perspectiva (s.a). Disponible en:
http://www.naya.org.ar/turismo/definicion_turismo_cultural.htm

UNESCO (1996). El turismo cultural en América Latina y el Caribe.